

Libros



Gibrana Nemer-Naveda, *Boceto III*, 81 × 50 cm, aguada/ papel, 2005.

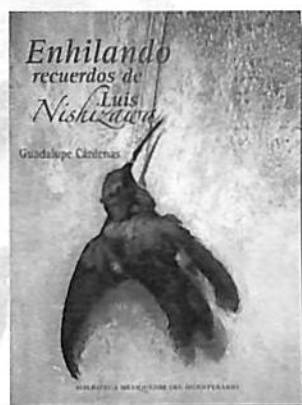
La vibración de los recuerdos

*L*a suspensión del vuelo del colibrí. El colibrí suspenso, pendiente del cordel que aprisiona su pico, la sombra que proyecta en el muro de textura irregular, la naturaleza muerta de su aleteo interrumpido, el peso inerte de su cuerpo que ha dejado de trepidar para volverse péndulo de plumas y nervios endurecidos.

Cómo inmovilizar la condición inasible del ave, cómo fijar su apariencia de astro palpitante sobre la tela, sin que se pierda al mismo tiempo la energía interior que lo impulsa y alienta. La vida imita al arte por sus ansias de eternidad. El arte en cambio, imita a la vida sin alcanzar nunca la fugaz vibración de su devenir.

Ser Luis Nishizawa ha de ser una experiencia singular e irrepetible. Quién mejor que él para contarla. Nadie mejor que él para llenarla de sentido en el lenguaje de la figuración plástica, que es el de su hablar cotidiano en el múltiple imaginario de una creatividad como la suya. Pero traducirla al arte de la palabra escrita y hacerlo sin traicionar su esencia, su ánima y su estilo —como diría López Velarde—, sólo puede lograrlo otro artista capaz de ponerse en sintonía con la cadencia de su ritmo verbal.

¿Por qué Guadalupe Cárdenas? Acaso únicamente ella porque, en la grandeza de su humildad, ha tenido el noble gesto de poner su pluma al servicio de una voz tan sencillamente cordial como la de Nishizawa. El resultado es una prosa nítida y elegante, justamente ceñida a su objeto y fiel al estilo de quien conversa y nos dice:



Guadalupe Cárdenas, *Enhilando recuerdos de Luis Nishizawa*, Toluca, Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, 2008.

“Cuando ha pasado tanto tiempo —soy un hombre de la tercera edad— y uno desentierra los recuerdos, es como si recordara una vida vivida por otro y que, sin embargo, es uno mismo; como quiera que sea el pasado nos pertenece y lo revivimos con la misma intensidad, la alegría y la emoción de entonces”.

Muchas horas debió pasar Guadalupe Cárdenas oyendo, escuchando y sintiendo aquello que el maestro llama “la aventura de mi vida, es el niño feliz que fui, a partir del pequeño Nishi, al sensible fallecimiento de mi padre, cuando era conocido por el mote con que me llamaban en San Carlos, Nishi, el *Rey Sol*”.

Entre estos dos hitos fundamentales, transcurren los cuatro movimientos de una sinfonía vital: infancia, estudios, viajes por el país y viajes al extranjero. Al colorido coloquial de la expresión literaria, se hermana la secuencia de imágenes que hacen entrar en sincronía al discurso plástico con el narrativo. Bellamente diseñado e ilustrado, el libro *Enhilando recuerdos de Luis Nishizawa* se ofrece a la vista como un manjar dispuesto a provocar apetitos de lector. Es, pues, un libro objeto-de-deseo.

Esta obra es sobre todo una contribución al mejor conocimiento del hombre excepcional que hay en el artista incomparable, y constituye también un nuevo título en la tan considerable bibliografía de la autora. Guadalupe Cárdenas merece, desde hace ya mucho tiempo, un mayor reconocimiento por su esforzada, silenciosa y meritoria labor en bien de la cultura.

En el silencio de la noche, mientras uno recorre página tras página, parece escucharse el nervioso aleteo de una pequeña ave: el colibrí de lo vivido que, al fondo de la memoria, se niega a ser disecado y convertido en amuleto. La complicidad entre dos formas de expresión, la plástica y la literaria, en muy contadas ocasiones logra producir estos efectos de realidad presente y animada. Pero cuando el arte roza tan de cerca las dimensiones de la vida, aunque sólo sea un artilugio de papel y tinta, consigue asomarse a los balcones de la eternidad. LC